

y echan á correr asustados. ¡Ay, qué cambio ha dado este Arenales del Río! En mis tiempos había aquí un manojo de muchachos que daba gusto. Mi Rufino era de lo menos saliente, y ya ven ustedes qué figura tiene todavía... Á caballo daba gloria verlo. Los Carnavales de aquí eran famosos en Andalucía... Venían familias de Cádiz, de Sevilla, de Huelva... En el Casino se armaba una fiesta y un baile por menos de nada... Siempre había pretexto para divertirse y pasarlo bien. Lo que ocurre cuando hay sociedad. Los muchachos finos solían darnos serenatas muy bonitas á las pollas más principales. Porque esto que sucede aquí ahora, de que la hija del tío Pitijerve, que no es de clase, ni lo será nunca, se pasee por la Plaza con las demás... ¡esto no se ha visto en el mundo! Todavía me acuerdo yo de una estudiantina... ¡Ah!... Becerra se acordará también. Cantando, peor que en sus tiempos.

*Á tu puerta hemos llegado
cuatrocientos en cuadrilla;
si quieres que te cantemos,
saca cuatrocientas sillas.*

Aplausos.

CLOTILDE. ¡Muy bien!

SOCORRITO. ¡Muy bien!

MAMÁ DOLORES. Les digo á ustedes que en Arenales del Río se podía vivir.

Silencio. Las muchachas se quedan pensativas.

SOCORRITO. Bueno; pues nos iremos con tan agradable sabor de boca.

Se levanta. Luego se van levantando las demás

CLOTILDE. Sí, vámonos. ¿Quién me lleva á mi casa?

MAMÁ DOLORES. Andrea, María Rosa... Cualquiera.

CURRA. ¿Para qué? Yo te dejo al pasar. Y á ti también, Socorro. Si es mi camino.

SOCORRITO. Ea, pues vamos.

Coge cada una su mantón y se lo pone. Mientras, llega ANDREA, sollozando aún, á anunciar una visita á mamá Dolores.

ANDREA. Zeñorita.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué hay?

ANDREA. Un cabayero pregunta por usted.

MAMÁ DOLORES. ¿Á estas horas? ¿Quién es?

ANDREA. No lo conozco. Dice que viene de aquí de Cañaverá.

MAMÁ DOLORES. ¡El demonio del hombre! Es uno que me quiere vender unos borregos, y yo no quiero comprárselos, y me trae loca. Que entre ya y lo desengaño del todo.

Vase Andrea.

SOCORRITO. Conque, mamá Dolores, hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana, hijita.

CLOTILDE. Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Adiós. Tantas cosas á tu madre. Dile que se deje ver de cuando en cuando.

Adiós, Curra; que se alivie Becerra.

CURRA. Gracias, mamá Dolores.

JUANITA. Buenas noches, mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. Adiós.

TONTO. Ma... ma... mamá Dolores, descansar.

MAMÁ DOLORES. Adiós, mala persona.

TONTO. ¡Ji, ji! Esta noche voy á soñar con Socorrito.

Al ir á marcharse por la puerta del foro, aparece ÁLVARO en ella. Todas, la propia mamá Dolores también, hacen un movimiento de sorpresa.

MAMÁ DOLORES. (Pues no es quien yo creía... No conozco...)

Socorrito, Clotilde, Curra, Juanita y el Tonto, van marchándose por este orden, y dedicando sendas cortesías al recién llegado, á las que él contesta respetuosamente. Así que desaparecen todos, avanza un poco hacia mamá Dolores y la saluda.

ÁLVARO. Señora, buenas noches.

MAMÁ DOLORES. Buenas noches.

ÁLVARO. Usted me perdonará si vengo á hora inoportuna, dadas las costumbres de estos pueblos.

MAMÁ DOLORES. No, señor, no.

ÁLVARO. Sin duda estoy hablando con la dueña de la casa: doña Dolores Feijóo.

MAMÁ DOLORES. Yo misma soy. ¿Me conoce usted?

ÁLVARO. No tenía ese gusto.

Vuelve SOCORRITO.

SOCORRITO. Mamá Dolores, con permiso.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué quieres?

SOCORRITO. Hablando con ella, pero sin quitarle ojo á Álvaro. ¿El molde de la carne de membrillo, me lo envía usted á casa ó mando yo por él?

MAMÁ DOLORES. Yo te lo mandaré; no te ocupes de ello.

SOCORRITO. Mejor será; porque como tengo esta cabeza... Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana. (Diablo de pi-

ruja...) Vase Socorrito haciéndole á Álvaro una nueva cortesía. Y yo, ¿con quién tengo el honor...?

Vuelve CLOTILDE como Socorrito.

CLOTILDE. Mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué hay?

CLOTILDE. Por supuesto, si viene mi madre, dígame usted que me ha llevado Curra... No vaya á armar una de sus novelas.

MAMÁ DOLORES. Descuida.

CLOTILDE. Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Adiós. Vase Clotilde repitiendo también la cortesía. Le preguntaba á usted... Pero tenga la bondad de sentarse. Se sienta ella.

Vuelven CURRA y JUANITA, como las otras.

CURRA. Mamá Dolores: ¿don Rufino está bueno, verdad? Como esta noche no ha salido...

MAMÁ DOLORES. Sí, sí: está bueno. Gracias.

CURRA. Que usted descanse.

MAMÁ DOLORES. Adiós.

ÁLVARO. Veo que es usted una madre casi universal...

MAMÁ DOLORES. Je, je. En el pueblo toda la pollería... Y la segunda reserva también.

Vuelve también el TONTO MEDINA, por no ser menos.

TONTO. Ma... ma... mamá Dolores.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué se te ofrece, hijo de mi alma?

TONTO. ¿Á... á... á cuántos estamos hoy, por una disputa?

MAMÁ DOLORES. Á trece. Véte y déjame en paz, majadero.

TONTO. Hasta mañana. Vase.

MAMÁ DOLORES. Bien; á ver si nos entendemos nosotros... Álvaro mira á la puerta. No; ya no hay más: esté usted tranquilo. Cosas de los pueblos... Ha llamado la atención su visita. Siéntese usted, y dígame quién es y el objeto que aquí lo trae.

Se sienta Álvaro. Es un muchacho fino, simpático, elegante, sencillo, de muy abierta fisonomía. Viene en traje de montar á caballo. Trae fusta y sombrero flexible.

ÁLVARO. ¿Es usted buena fisonomista?

MAMÁ DOLORES. Psch... regular. No lo he sido mala; pero ya tengo los ojos cansados, como los perros viejos.

ÁLVARO. ¿Y yo no le recuerdo á usted á nadie? Míreme usted bien.

MAMÁ DOLORES. Deje usted que me ponga las gafas: me ha metido usted en curiosidad. Se pone las gafas, lo mira detenidamente y se las quita luego. No caigo... Y el caso es que yo juraría... Pero, no, no caigo. Ríase usted, que dicen que riéndose se coge mejor el aire de las personas. Álvaro se ríe de buena fe. Nada, ni riéndose. No es cosa de hacerlo á usted llorar, para ver si así...

ÁLVARO. Sería difícil que usted me reconociera. No me ha visto nunca, y la persona por quien puede recordarme murió hace tantos años... Usted fué muy amiga de Pastora Velázquez, ¿verdad?

MAMÁ DOLORES. ¡Pastora Velázquez!... ¡Ya lo creo!... ¿Es usted su hijo?

ÁLVARO. Su hijo soy.

Se estrechan las manos con emoción.

MAMÁ DOLORES. Ahora que lo sé, lo veo claro.

Tiene usted la misma cara de ella. La nariz, los ojos... Y la voz, la voz... Más que nada la voz. ¡Jesús, Jesús!... Pero ¿cómo había yo de caer?... Pastora se fué de aquí hace más de treinta años... Ella era mucho más joven que yo; casi le doblaba la edad... Pero fuimos íntimas. ¡Qué simpática y qué buena era la pobre!

ÁLVARO. Murió siendo yo un chiquillo todavía. Pero no tan chiquillo como para olvidar lo mucho que me hablaba de usted, de este pueblo, de esta casa... ¿Y su marido de usted? ¿Vive?

MAMÁ DOLORES. Á Dios gracias. No lo parte un rayo. Ni á mí tampoco. Ahora lo llamaré. Nos hemos acartonado los dos, y yo no sé cuándo vamos á morirnos. Esta es la verdad. ¿Cómo se llama usted?

ÁLVARO. Álvaro.

MAMÁ DOLORES. Ah, como su padre. ¿Recuerda usted á su padre?

ÁLVARO. No. Ya sabe usted que, antes de nacer yo, salí de España con mi madre, perseguido, acusado por aquellas calaveradas políticas...

MAMÁ DOLORES. Ya lo sé. Lo vendieron los que él creía sus amigos. Era un hombre de corazón. Inflexible, terco, exaltado. Daba pena verlo rodeado de aquella pillería. De puro bueno parecía loco algunas veces.

ÁLVARO. Y lo era; desde el momento en que creía que todos los hombres eran como él.

MAMÁ DOLORES. Diga usted, Álvaro: ¿usted — ó he perdido yo los memoriales — nació en alta mar, camino de América?

ÁLVARO. Sí, señora. Tuve la cuna mejor medida que ha tenido nadie.

MAMÁ DOLORES. Sólo que su madre de usted hubiera preferido mecérsela ella.

ÁLVARO. Eso sí. En tierra firme. Á los dos años de emigración, mi pobre padre, harto de la vida...

MAMÁ DOLORES. Fué una gran desgracia. Lo supe.

ÁLVARO. Á los hombres como él los arroja del mundo el desencanto.

MAMÁ DOLORES. ¿Y á usted se lo llevaron á París, con su tío César?

ÁLVARO. No; entonces, no. Años después, cuando murió mi madre.

MAMÁ DOLORES. ¿Ahora vive usted con su tío?

ÁLVARO. No, señora; mi tío también murió. Me he quedado solo.

MAMÁ DOLORES. ¿Solo?

ÁLVARO. Sí. Y vivo errante, de aquí para allá, viajando casi siempre. En ningún lugar paró mucho tiempo. Por temperamento soy volandero, inconstante... Aborrezco la estabilidad. Me gusta vivir sin echar raíces en el suelo. Si ya por naturaleza no fuera así, lo sería por reflexión. El recuerdo de mi padre me aparta de las cosas y de los hombres. Prefiero tratarlos de lejos, por encima... De todo y de todos, me contento con ver la espuma. La espuma es agradable.

MAMÁ DOLORES. ¿Y á qué ha venido usted á Arenales del Río, si no es indiscreción?

ÁLVARO. Á Arenales del Río, á conocerla á usted solamente.

MAMÁ DOLORES. Muchas gracias.

ÁLVARO. Á Cañaveral, aparte la venta de unas tierras de poco valor, me ha traído el deseo, contenido hasta ahora, de ver el pueblo en donde nacieron mis padres; en donde acaso debí yo nacer. Á mí, que viajo tanto, me recordía la conciencia ya de no haberlo visto.

MAMÁ DOLORES. Pues ha cambiado mucho. El pueblo es otro. Como éste.

ÁLVARO. Ya, ya he podido observarlo. La casa que fué nuestra es hoy una fundición de hierro. Mudanzas del tiempo, que juega á su antojo con las cosas y con los hombres.

MAMÁ DOLORES. Mire usted qué dolor de casa.

ÁLVARO. Y yo, que en mi adolescencia tuve mis puntas y ribetes de revolucionario—de tal palo tal astilla,—que no quería dejar en el mundo piedra sobre piedra, he sentido una tristeza muy honda al no ver, en mi visita á Cañaveral, la casa de los señores de San Miguel tal y como me la pintaba mi madre.

MAMÁ DOLORES. Calle usted, calle usted... El progreso hace cada paparrucha...

Pausa breve.

ÁLVARO. Usted tuvo hijos, ¿verdad?

MAMÁ DOLORES. Tres tuve; pero murieron pequeños. El mayor de seis años.

ÁLVARO. ¡Qué lástima!

MAMÁ DOLORES. Por eso miro con tanta ilusión á esa pollería que usted ha visto antes. Ya que no quiso Dios conservarme los míos...

Se oye á DON RUFINO gritar dentro.

DON RUFINO. ¡Eh! ¿qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

MAMÁ DOLORES. Ahí viene mi marido. Y me parece que no viene solo.

Llega, en efecto, DON RUFINO por la puerta del foro, con su «compañera» habitual é inseparable.

DON RUFINO. Pero, Dolores, ¿esta noche no se cierra la puerta?

MAMÁ DOLORES. Pero, Rufino. .

DON RUFINO. Reparando en Álvaro, que se ha levantado. ¡Ah! Usted dispense.

MAMÁ DOLORES. Presentándolos. Aquí tiene usted á mi esposo. (¡Que viene bueno!)

ÁLVARO. Muchísimo gusto...

DON RUFINO. Esforzándose en aparecer fresco como una lechuga y altamente correcto. El gusto siempre es mío...

MAMÁ DOLORES. Fíjate en este señor á ver si lo conoces.

DON RUFINO. Sin fijarme: con verlo nada más me basta. Ya sé quién es. ¡El hijo del comandante de la remonta de Estepilla!

ÁLVARO. No, señor.

MAMÁ DOLORES. Siempre habías tú de apearte por las orejas.

ÁLVARO. ¿Me parezco yo en algo á ese caballero?

DON RUFINO. En nada.

MAMÁ DOLORES. Entonces ..

DON RUFINO. Lógica. De mis labios no sale una palabra que no tenga lógica. Días pasados, el señor comandante de la remonta de Estepilla, tuvo á bien decirme: cuando menos lo espere usted, irá á visitarlo el mayor de mis hijos. Verá usted

qué caso más raro: no se parece en nada á mí. Lógica. Llego á este recinto, me sorprende su presencia de usted, no tiene usted ni un pelo del comandante de la remonta de Estepilla, y digo: Tate: su hijo. ¿Hay lógica?

ÁLVARO. Sí, señor; rectilínea. Eso es indudable.

MAMÁ DOLORES. Entérate, Rufino: este que ves aquí es el hijo de un gran amigo tuyo. Y lleva su mismo nombre: Álvaro San Miguel.

DON RUFINO. ¿Álvaro San Miguel? ¡Ah!... Quién pensara... Déme usted un abrazo.

Se abrazan.

MAMÁ DOLORES. Qué visita más inesperada, ¿verdad?

DON RUFINO. Y más agradable.

ÁLVARO. Para mí lo es mucho.

DON RUFINO. Yo fui de los leales, amigo mío: de los contados leales á su papá.

ÁLVARO. Lo sé, lo sé...

DON RUFINO. Pobrecillo. Un gran corazón. A su mujer. Mira que ha crecido este muchacho, Dolores.

MAMÁ DOLORES. Pero, hombre, si tú no lo has conocido hasta ahora...

DON RUFINO. ¿Y eso qué? ¿No salta á la vista que ha crecido? Lógica, lógica.

MAMÁ DOLORES. Considerándolo cosa perdida. Ay, ay, ay...

ÁLVARO. (¡Qué borrachera tiene encima este buen señor!)

MAMÁ DOLORES. Siéntese usted, Álvaro.

ÁLVARO. No; ya no. Es tarde. Mañana nos veremos. Yo he de permanecer aquí un par de días.

DON RUFINO. Sí, hombre, sí. ¿Qué menos? Le enseñaremos á usted el pueblo y sus alrededores; comerá usted un día con nosotros; prepararemos una jira...

MAMÁ DOLORES. ¿Usted viene á caballo, no?

ÁLVARO. Sí, señora.

MAMÁ DOLORES. ¿Y de aquí vuelve usted á Cañaverál?

ÁLVARO. Justamente.

MAMÁ DOLORES. Pues el día que pase usted aquí iremos al *Pinar*, que es una finca nuestra, á mitad de camino. Un sitio muy hermoso.

DON RUFINO. Muy hermoso.

MAMÁ DOLORES. Allí merendamos, y desde allí sigue usted su viaje.

ÁLVARO. Perfectamente. Agradezco infinito la idea.

DON RUFINO. ¿Es usted aficionado al arte?

ÁLVARO. Un poco.

DON RUFINO. Ah, pues en Arenales hay alguna curiosidad... Tenemos el Castillo de la Luz, que en cada agujero encierra una leyenda. Tenemos la Torre del Pico, famosa en la guerra con los franceses... Y en la iglesia hay algo también. Verá usted un Greco.

MAMÁ DOLORES. Á mí el Greco me parece un mamarracho muy gordo; pero, en fin, este que lo entiende dice que es magnífico, y los ingleses que lo ven se ponen á hacer aspavientos...

DON RUFINO. ¿En dónde para usted?

ÁLVARO. En la Fonda de la Palma. Me ha llevado á ella un criado que viene conmigo, y que conoce el pueblo.

DON RUFINO. ¡Hombre, por Dios! Véngase usted acá.

ÁLVARO. No, no; mil gracias; no. Eso de ninguna manera

MAMÁ DOLORES. ¿Por qué?

ÁLVARO. No se hable más de ello. Lo agradezco como si lo aceptara. Y si ustedes no tienen qué mandarme...

DON RUFINO. Sí tal: que haga usted el favor de esperar un segundo, que voy por mi sombrero para acompañarlo á usted á su casa.

ÁLVARO. Por Dios, no se moleste...

DON RUFINO. No es molestia; pero ojalá lo fuera, para tomármela por usted. Vuelvo, vuelvo en seguida.

ÁLVARO. Gracias, señor.

Vase don Rufino por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Momentos antes se oye á lo lejos el rumor de voces y guitarras de una ronda de mozos que van cantando. Durante esta escena continúa oyéndose, siempre lejos. Son los quintos nuevos, que piden para pasar la noche de fiesta, y que cantan las coplas siguientes:

*Disen que te vas er lunes,
no te vayas hasta er martes,
que tiene mi corasón
muchos consejos que darte.*

—
*Aunque me voy no me voy,
aunque me voy no me ausento,*

*aunque me voy de palabra
no me voy de pensamiento.*

Viene ANDREA por la puerta del foro, tan compungida como siempre.

ANDREA. Zeñorita.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué quieres, mujer?

ANDREA. ¿Me deja usted dí á la esquina, que están pazando por ayí los quintos que ze van mañana? Desde aquí ze lez oye: escuche usted.

MAMÁ DOLORES. ¿Va con ellos tu novio?

ANDREA. Zí, zeñora.

ÁLVARO. ¿Se le llevan á usted el novio al servicio?

ANDREA. Mañana; zí, zeñó.

ÁLVARO. ¡Qué desgracia más grande!

ANDREA. Y ahora va con loz otros, cantando y pidiendo pa pazá la noche divertíos.

MAMÁ DOLORES. Ea, pues anda, anda vé adonde quieras. Pero no te tardes.

ÁLVARO. Espere usted. Puesto que van pidiendo los muchachos, lléveles usted para que beban.

Le ofrece un billete.

MAMÁ DOLORES. Álvaro, por Dios.

ÁLVARO. ¡Señora! Tome, tome.

ANDREA. ¿Lo tomo, zeñorita?

MAMÁ DOLORES. Tómalo.

ANDREA. Ay, pos muchas gracias. Yo les diré á los mozos que es de un zeñorito mu guapo.

ÁLVARO. Ahora soy yo el que da las gracias.

Vase Andrea por la puerta del foro.

MAMÁ DOLORES. ¡Bueno se van á poner el

cuerpo! Tendrá usted la culpa de que fusilen á cuatro ó seis.

Vuelve DON RUFINO por donde se marchó, sombrero en mano.

DON RUFINO. Listo. Á sus órdenes.

ÁLVARO. Á su disposición. Don Rufino le da el sombrero que antes dejó Alvaro en una silla. Gracias. Despidiéndose. Mamá Dolores... yo también quiero darle á usted este tratamiento...

MAMÁ DOLORES. De nadie lo recibo con más gusto. Créame usted. La satisfacción que me ha producido el verlo, no tengo que decírsela. Seremos amigos; muy amigos.

ÁLVARO. Lo somos ya.

DON RUFINO. Amigos en español, *amis* en francés, *amici* en italiano, *amici* en latín...

MAMÁ DOLORES. Bueno está, bueno está de idiomas.

ÁLVARO. Mamá Dolores, hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana.

DON RUFINO. ¿Vamos?

ÁLVARO. Vamos.

DON RUFINO. Usted delante.

ÁLVARO. Como usted quiera.

Se van por la puerta del foro hacia la derecha.

SOCORRITO, CLOTILDE, CURRA, JUANITA y el TONTO MEDINA, salen por la puerta de la izquierda, uno detrás de otro, en cómica fila, con los ojos llenos de preguntas. Mamá Dolores se sorprende y hasta se asusta un poco. Los cinco la rodean y le hablan casi simultáneamente.

CLOTILDE. Oiga usted, ¿es soltero?

MAMÁ DOLORES. ¿Eh?

SOCORRITO. ¿Va á estar mucho tiempo en Arenales?

MAMÁ DOLORES. ¡Jesús!

CURRA. ¿Este es hijo de aquel famoso San Miguel?...

JUANITA. Es guapo, es guapo.

TONTO. ¿Le . . le toca á usted algo, mamá Dolores?

MAMÁ DOLORES. Por supuesto, sois el mismo demonio.

SOCORRITO. ¿Está solo en el mundo, verdad?

CLÓTILDE. Es un tipo muy interesante.

CURRA. Muy simpático; muy distinguido.

JUANITA. Es guapo, es guapo.

TONTO. Un... un rival; como si lo viera.

ÁLVARO se presenta por la puerta del foro, de improviso. Movimiento de sorpresa y de cierta vergüenza en todos.

ÁLVARO. Me olvidaba... Reparando con extrañeza en el cuadro. ¿Eh? Sonriéndose. Me olvidaba la fusta...

MAMÁ DOLORES. Ah, la fusta. Sí..

Las muchachas se apresuran á dársela.

ÁLVARO. Hasta mañana.

MAMÁ DOLORES. Hasta mañana.

Saluda reverentemente desde la puerta. Á su cortesía, contestan también saludando todos: Socorrito, con una sonrisa muy dulce; Clotildita, con una postura de minué; Curra, como si ya fuera su suegra; Juanita, azorada; mamá Dolores, con afabilidad, y el Tonto como Dios le da á entender. Mientras, cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un pinar en las inmediaciones de Arenales del Río. Apenas se filtra el sol por entre los árboles. En el suelo, hacia la izquierda, un tronco viejo que hace veces de banco.

Aparece solo el pinar. De la parte de la derecha vienen de cuando en cuando alegres risas de muchachas. Por la izquierda salen á poco ÁLVARO y MAMÁ DOLORES, conversando.

ÁLVARO. Hermoso día estoy pasando, mamá Dolores. Lástima que se acabe... y que sea el último que paso entre ustedes.

MAMÁ DOLORES. El sitio es precioso, ¿verdad?

ÁLVARO. El sitio y la casa. Si yo fuera hombre dado al matrimonio, se la pediría á usted para la luna de miel.

MAMÁ DOLORES. ¿Ah, sí? Pues cuenta con ella, por si acaso. Te cojo la palabra. Vé tú á saber si con el tiempo...

ÁLVARO. Es difícil. Considero una desgracia muy grande que no le guste á uno más que una mujer. ¡Hay tantas y tantas bonitas!... Y como usted comprende, por el hecho insignificante de